

A CARLOS QUINTO EN

## Y U S T E

Todo lo hubiste y lo pudiste un día.  
Jinete a lomos de la Europa entera,  
nada se opuso a tu triunfal carrera  
en tu quehacer de imperio y monarquía.  
Francia, Milán, América, Turquía,  
Italia y Túnez arrogante y fiera;  
y en Roma una tiara prisionera,  
y una caza magnífica en Pavía.  
Todo lo hubiste. En incesante guerra,  
los poderes del Cielo y de la Tierra  
rendidos fueron a tu invicta espada.  
¡Y este rincón, al fin de tu existencia  
donde sufrir la dura penitencia  
de haberlo sido todo... y no ser nada!

VICENTE NERIA

## Los Guerreros de Musgo

CUENTO HISTÓRICO

**S**EGUIDO de dos perrazos —aquí «Solimán», quieto «Rondador»— cabalga por la serranía Pelay Fernáñez, caballero de leyenda, hidalgo de pró, capitán de esta popular tradición. Su perfil es aquilino y su mirada de halcón, su corazón muy noble y su valor muy probado. Sobre el casco de hierro quiebran los feroces rayos de junio, en su cota de mallas jamás penetró la espada enemiga, los guantes de acero claro bien aprietan el lanzón. Las espuelas son de plata y con ellas aguija a su caballo «Lucero» que poco necesita para partir raudo por entre breñas y castaños en flor. Lleva el pelo revuelto y la barba descuidada, el vestido polvoriento y tres flechas en su alma.

La una por la traición de un villano y felón que enseñó a los moros la puerta desguarnecida para entrar por allí en Béjar sin gran peligro, de noche y sin pelea, mientras los defensores estaban en sus lechos, sin poder luchar de una manera organizada. Puede dar gracias a Dios que recibió pronto aviso por boca de las campanas y que saltó las murallas cuando ya la morisma invadía su propia casa.

La otra es por su hermano don Alfonso, el de los ojos muy negros, el pelo ensortijado y la color morena. El garzón de quince años, quince combates, quince galgos y quince heridas al arrojarle peleando entre un bosque de lanzas, partiendo muchos turbantes del Islam, para caer desfallecido junto a la Puerta de San Pedro, aquella noche nefasta.

Otra herida sufre por la suerte que haya podido correr Inés María, su amada, hija de don Diego López, señor de Montemayor, el del granítico castillo y antiguas ejecutorias. En fiestas la conoció, el día de Santiago. Era buena y era bella, fina nariz y grácil talle, suave perfil y ojos de líquido terciopelo verde. Nada le pudo decir. Era su amor muy sincero y por ello muy callado y así pasó mucho tiempo sin haberle jamás de su pasión.

Ahora camina hacia Montemayor. Desde lo alto ve el valle. Corre el río anchuroso entre fresnos y álamos claros. Llega y el castillo está mudo, como mudo él ha estado tanto tiempo ante la hermosa Inés María. Todos los castellanos han perecido en manos de los sarracenos y tras ellos han llevado cautivas a las mujeres hacia Béjar, según le dice Flora, la vieja hechicera del Puerto.

Hacia lo más intrincado del monte retorna con «Lucero». Todos los bejaranos andan dispersos entre breñas y covachas. Es preciso reagruparlos, reconquistar la querida ciudad y salvar a Inés María.

Ya llega a Peña Negra, el balcón de la comarca. Alrededor divisa los verdes castaños y la nieve del Calvitero. Y más lejos, la hondona-



da por donde fluye el venero que después Cuerpo de Hombre ha de llamarse, por ser río muy varón, que entre sierras se abre paso, con sus brazos y su labia, con su cuchillo de hielo y sus pies de granítica verde plata; circundado de las blancas perlas de las nieves que le abrazan, que le abrigan, que le mecen, que le lanzan y le miman y se derriten de verle tan puro y tan infante como un hijo, espejo de la propia alma... La nieve que se deshace en lágrimas para que él crezca y corra por entre duros peñascos, para que se haga un mozo y se lleve todas las miradas de los chopos —verdes fumarolas—, que le escoltan, con sus lanzas en alto, entre las romanas espadas de los erguidos lirios, lictores de paso legionario.

Al manantial se inclina don Pelayo. Y bebe el agua niña que sólo dos veces en su vida besa: al nacer, en la roca y al morir en los humanos labios de la boca.

Y también prepara sus armas. Allí refulge «Platera», espada en vaina de plata, y su estoque «Batidor» y su lanza «Africana».

Ya el sol se oculta por la Peña que llaman de Francia. En la noche cerrada distingue allí abajo una hoguera. Monta sobre «Lucero» y desciende por la Cañada. Oye ecos de castellanas canciones, rasguear de vihuelas y sonar de panderos.

De pronto alguien el alto lanza:

—¿Quién vive?

—Santiago y España!

—¿Quién sois?

—Pelayo Fernández.

—Pasad.

En la Peña de la Cruz vivaquean los bejaranos dispersos. A la vera de la fuente han encendido gran hoguera y en su derredor andan hombres y caballos. Don Pelayo es acogido con vitores y aplausos. Todos indagan sus cuítas, todos cuentan sus andanzas, todos juran por Dios formar una sola hueste y lanzarse al asalto de la amada ciudad, prisionera de los mahometanos. Las llamas reverberan en sus caras.

Allí está Domingo Gómez, el viejo capitán cristiano, señor de cien lanzas y de cincuenta caballos. Bejarano esclarecido por lo sabio y por lo santo, lo sencillo y humilde, lo honrado y devoto. Patriarca de numerosa familia, padre para los pobres, hijo-dalgo por su casa y en todas bien nombrado. Tiene barba cana y pelo largo, aguileña nariz y noble aspecto de moneda romana.

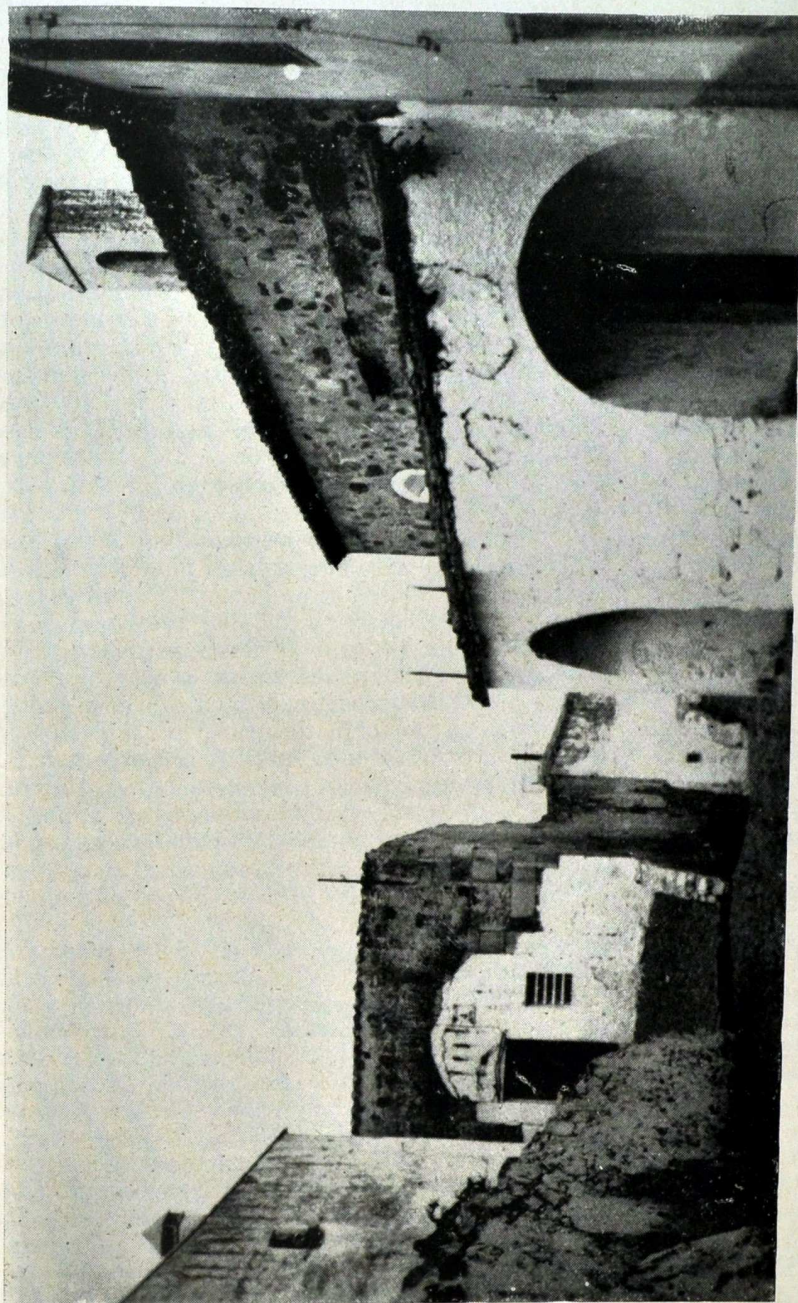
También está allí Alvar González, denominado «El Temerario» por lo audaz y fogoso, lo magnánimo y bravo.

Y Rodrigo Arias, el gigante mocetón, grande de cuerpo y de alma, de corazón sano y bueno, con nueve palmos de estatura y en el suelo bien plantado.

Y también Muño Martínez, el de los ojos pequeños, la inteligencia muy clara y risueño rostro; ducho en astucias y ardides, gran conductor de tropas y buen galanteador de damas.

Allí habló Don Domingo:

—Hay que elegir caudillo que nos conduzca a todos hacia la batalla triunfal.



ALBUM EXTREMEÑO. — San Antonio del Barrio. Rincón típico de Cáceres. (Foto Javier)



Sin unión nada podremos hacer. Y mirad bien lo que hacéis, esforzados caballeros, porque de esta elección depende la vida de nuestras mujeres y de los hijos: poned la mano en el corazón, la pasión apartad, para que la sensatez nos dicte el que nos ha de conducir, por su capacidad y su hombría de bien.

Todos miran a Don Pelayo y, por unanimidad, es elegido para capitán.

Sacan las espadas y con ellas en alto, reflejando en sus hojas el fulgor de la hoguera, juran seguirle y obedecerle.

Don Pelayo a Rodrigo preguntó:

—¿Con cuántos caballos contamos?

—Con sesenta. No pude reunir más y para robar ganado no he nacido yo.

—¿Y tú, Domingo Gómez, has hallado el medio de entrar esta noche en la ciudad?

—No, Pelayo, pero déjame ir el primeró que allí nací y allí quiero morir.

—¿Y tú, Muño Martínez, algo bueno ideas?

—Algo, mi buen Pelayo, que si es aceptado por Dios, nos dará una gran victoria.

—Habla pronto, por Santa Maria.

—En Béjar penetraré yo solo, por un secreto pasadizo que abre sus fauces al río. Por la noche incendiaré el campamento moro y, en la confusión será más fácil la entrada para todos vosotros.

Al fin expone su plan don Pelayo:

—Arrancaremos grandes mantas de musgo de los peñascos, con ellas recubriremos bien todo nuestro cuerpo, iremos imitando los aullidos de los osos al avanzar hacia los moros, los llenaremos de terror y espanto, aprovechando la sorpresa para entrar en Béjar y arrebatársela así de sus traidoras manos. ¿Qué os parece?

—Que está bien pensado. Lo importante es hacer ya algo. Vamos a realizarlo.

Pronto se les vió vestidos con el musgo de los peñascos. Iban todos bien cubiertos de la cabeza a los pies. Daba risa y daba miedo verlos así aliñados. La tierra fresca se pegaba a su cuerpo que en algunos serviría de sudario. La hierba les daba alas y gozo de resucitados. Ya eran otros hombres por el milagro vernáculo conseguido con la tierra del patrio solar. Ya sentían en sus carnes las cenizas telúricas de sus antepasados. El moho les daba alientos. Las peñas se habían desnudado para recubrirlas de heroico manto.

Ya piafaban los corceles por los barruntos de la batalla.

Don Domingo recuerda su gente, revisa armas y acaricia caballos.

Alvar se ajusta el casco y se asegura los trozos de musgo.

Arias bromea con don Pelayo:

—Buen susto daremos a los moros. Habrá que oírlos cuando vean que de osos no tenemos ni el manto...

Muño Martínez imita entre sus tropas los gruñidos de las fieras. Todos festejan su arte y acompañan con propiedad.

Ya llegan al Castañar. Las ramas de los árboles fustigan sus caras



recias. Siguen senderos pedregosos. Por la falda del castillo se arrastran como culebras. De pronto, antes la Puerta llamada de la Traición, se aparecen a los moros que allí montaban la guardia, aullando como fieras hambrientas. Los serracenos por el gran terror que toman, no se aperciben del ardiz y huyen rápidamente de la puerta. Todos los bejaranos quieren entrar presto. Algunos han resbalado y caído sobre los duros peñascos, desprendiéndose de sus cuerpos el musgo que les disfrazaba. Cuando esto ven algunos moros, desde las almenas cercanas, se percatan de la engañiza y se aprestan a rechazar el asalto. La lucha se generaliza y se cruzan las espadas. Hay mucha sangre y mucho lamento.

Don Alvar y sus guerreros ya tienen ante sí gran campo para pelear y morir como cristianos esforzados. Por la dura pendiente suben hasta la Plaza, llena de agarena grey, usando espada y corazón. Quedan atrás muchos heridos, pero consiguen entrar en la alcazaba.

Por la parte del torreón llamado de Las Cadenas, penetra Don Rodrigo. Su elevada estatura es buen blanco para los moros, pero ya derribó a cinco cual el Buen Cid Ruy Díaz. Por la Calle de Santa María, avanza a punta de lanza, el gigante bejarano, buen caballero en buen caballo.

Don Domingo llegó al Regajo. Desde la altura distingue las antorchas encendidas que, a las puertas de las murallas, han arrojado a tiempo los peones de Don Pelayo y parte raudo, con sus caballeros, cuesta abajo, para deshacer un grupo de mahometanos que, huidos de la ciudad, por allí se habían concentrado. Hace muchos prisioneros, los deja a buen recaudo y, a todo galope, entra en la ciudad, ayudando grandemente al bando cristiano.

Don Pelayo entra en el mismo castillo. El señorial patio de armas está lleno de moros. Se bate cual un arcángel, pero es alcanzado por un venablo enemigo. No cede el bravo caballero. Anima a sus hombres, da ejemplos de valiente y limpia el patio de enemigos, que se retiran hacia la fachada que mira al mediodía. Sube las escaleras y lucha en la galería principal. El se mantiene derecho aunque pierde mucha sangre por la herida que le han inferido. Ya le falta poco para llegar a la habitación donde está cautiva Inés María. A empellones abre una puerta. Alguien por la espalda le ataca, pero con un solo brazo le hace saltar sobre su cabeza y entrega preso a sus seguidores. Cruza el umbral y se encuentra frente a su amada, enormemente pálida, que exclama:

—Dios mío, qué valor. Bien me has probado ahora tu cariño. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Don Pelayo se arrodilla a sus pies y le besa las manos, mientras declara:

—Temía tu negativa y te veía tan alto...

—Te quise con callado amor amargo. Te quiero en dulce amor correspondido. Te querré en eterno amor santificado.

Inés María responde:

—Bien adiviné tu amor, pero no podía dar el primer paso... Hoy todas las dudas se han desvanecido, porque tus hechos han hablado

mejor que todas las palabras que en tu vida hubieras podido pronunciar.

Don Pelayo asiente:

—Así Dios lo ha querido. Por El estábamos predestinados. Tenemos concentrado amor y silencio que se desbordarán altos, por un cráter ardoroso que derretirá nuestras vidas en milagros...

No pudo decir más Don Pelayo. La herida recibida y las emociones pasadas habían agotado sus poderosas energías. Se le vió palidecer y junto a Inés María cayó desvanecido.

Alvar y Don Rodrigo que se aperciben, corren a socorrerle. En su derredor se agrupan muchos bejaranos y alzan a Don Pelayo sobre su propio escudo y transportan por las calles hasta su morada, mientras por todas las gentes es aclamado como caudillo triunfador.

Cuando los rayos del sol ponían su brillante nimbo a la serranía, Don Pelayo entraba en su casa, con Inés María al lado.

Amanecía el día de Santa Marina. Reinaba en León y Castilla Don Alfonso VII el Emperador.

ARSENIO MUÑOZ DE LA PEÑA

Badajoz.



El fin de la representación teatral, ha sido desde su mismo origen, corregir y enseñar. Los vicios del pueblo se corrigen haciéndolos ridículos; los de las personas altas con la atrocidad de los escarmientos o con la fataldad importante de esto que se llama fortuna, siendo el principal objeto de este arte presentar ejemplos que obliguen a huir, el vicio o a fiarse poco de las grandezas. Si estos ejemplos no son pinturas o retratos fieles de la vida, serán inútiles, vanos o viciosos; porque lo imposible y lo raro no es aplicable a lo posible y común

IDEARIO  
**EXTREMEÑO**

JUAN PABLO FORNER